

PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Hace ya quince años se publicaron por primera vez estas meditaciones. Y el Adviento no ha dejado de venir, no ha dejado de encantarnos con sus pasos nocturnos y aventureros. Es que su actualidad no caduca, porque es el tiempo del futuro. ¿Será esto verdad también en nuestra época, cuando el futuro parece cada vez más brumoso?

Como respuesta puede servir este verso del poeta alemán Hölderlin en su himno *Patmos*:

“Cercano
y difícil de aferrar es el Dios.
Pero donde se halla el peligro
crece también la salvación.”

El atractivo de que goza el Adviento no decrece ante el sentimiento agudo de peligro. Pues el Adviento no consiste en que no haya amenazas, más bien al contrario, quiere hacernos conscientes de ellas. Pero a la vez el Adviento afirma, con Hölderlin, que la cercanía de la amenaza es signo de la mayor cer-

canía de su rescate. El camino del Adviento ahonda en nuestra pobreza para hacer nuestra vida practicable a los pasos del Dios que salva.

Hoy estamos dejando atrás los tiempos modernos, que se han entendido a sí mismos como los tiempos finales. Pues lo *moderno* es lo que está a la *moda*, y por tanto nunca puede ser superado, será siempre el último grito. Para quien vive en la modernidad, cualquier época pasada fue peor. Crédulos al dominio imparable de la técnica, los hombres modernos pensaron que la vida mejoraría solo con que corriera el calendario. Es ahora, al caducar esta modernidad, cuando surge la pregunta: ¿qué época viene después de la última época?

Solo caben dos respuestas: o el tiempo se detendrá, incapaz de abrir futuros, ahito y desesperado; o vendrá la época de Dios, dotada de una novedad que nos supera. La segunda es la respuesta que aprendemos en Adviento.

Y es que en Adviento el futuro se desliga de las cadenas con las que queremos controlarle y muestra otra vez un rostro extranjero y casi salvaje. Este rostro inquieta e incomoda al hombre somnoliento. Pero también libera el porvenir, para que en él vuelva a actuar aquel Dios que, según decía C. S. Lewis, nunca se deja domesticar.

Pero, ¿no es el Adviento un tiempo en que domesticamos a Dios, es decir, le hacemos parte de nuestra casa (*domus*), porque viene a habitar en una familia?

Sí, el Adviento es tiempo de la familia. Vamos hacia la Navidad, acompañamos a María que se prepara al buen parto y san José la encamina a la ciudad profética. A la vez, esta Sagrada Familia nos recuerda muchas otras familias, reunidas en

el árbol de Jesé, que se han ido entrelazando hasta trepar como hiedra por las paredes del portal.

Ahora bien, cuando Dios entra en la familia, no es la familia la que domestica a Dios, sino Dios el que vuelve indomable a la familia. Es nuestra época la que intenta domesticar a la familia, en cuanto la quiere hacer a nuestra medida. Pocos hijos, para que todo quede bajo control. Divorcios posibles, para que se pueda siempre desandar lo andado. “Familias” definidas según los caprichos individuales, incluso sin diferencia entre hombre y mujer. En suma, familias aburguesadas y seguras de su propio empoderamiento.

El Adviento, al contrario, es el tiempo de la familia que no está en nuestra mano, que viene del Creador y que, por eso, continuamente nos provoca hacia la aventura. El Adviento propone la familia abierta al reto y a la llamada de ese Dios “cercano / y difícil de aferrar”, es decir, cercano e indómito. Es la familia que, como Dios, nos atemoriza, no porque nos limite y aprisione, sino por la grandeza con que quiere desafiar los planes demasiado mezquinos. Adviento: que la familia salga del zoo.

Hablando de los últimos tiempos, san Agustín se pregunta si, dadas las dificultades que arreciarán, seguirá habiendo gente que se haga cristiana. Responde que sí, y el ejemplo que da nos recuerda la esperanza familiar propia del Adviento. No faltará a los padres cristianos, dice, el valor para bautizar a sus hijos. La familia se hará lugar de arrojado para seguir lanzando la semilla y arando la tierra. Ya Péguy, a principio del siglo XX, llamaba a los padres los grandes aventureros del mundo de hoy.

Recientemente el Papa Emérito, Benedicto XVI, ha mencionado el olvido de Dios que aflige, no solo a la sociedad, sino

también a los cristianos. Y añade que a Dios no podemos *presuponerlo*, sino que es necesario *anteponerlo*.

Con esto se quiere decir que no podemos dar por supuesto a Dios, como si fuera un trasfondo, o un elemento del paisaje, pues Él es siempre el Dios vivo, que se renueva y nos renueva, es el Dios del futuro, el Dios del Adviento.

Presuponer a Dios significa verlo solo en el pasado, tal vez como una seguridad inamovible o red de trapecista con la que contamos cuando las cosas se ponen arduas. *Anteponer* a Dios quiere decir ponerle por delante, es decir, en el futuro, porque viene a cumplir sus promesas.

Y esto es el Adviento. Anteponemos a Dios cuando Él no es solo la seguridad de nuestra vida, sino sobre todo el empuje que hace nuevo cada día, y el fruto que rebasa las expectativas de la tierra. El Dios del Adviento no es apto para cardíacos. Cuando creemos en Él, nuestro futuro se llena de imposibilidades.

¿Cómo amar cada venida del Señor, su venida en Navidad, su venida al fin de los tiempos? ¿No nos hará esto enemigos de este mundo? ¿No nos hará perder interés en el curso de las cosas? Al contrario, pues el fin del mundo vendrá como el fruto último del mundo. Amar su venida es amar el fruto de todo lo que hacemos y padecemos. Cada vez que damos verdadero fruto, dice Fray Luis de León, este fruto es Cristo. Por eso su venida última desvelará el fracaso de todo lo estéril y la gloria de todo lo fértil. En Adviento se pierde el control del futuro, a cambio del fruto de ese mismo futuro.

Los cómputos antiguos sobre el comienzo del mundo aseguraban que este fue creado un 25 de marzo, precisamente la fecha de la Anunciación, a la que seguiría, nueve meses des-

pués, la Navidad. El Adviento es, pues, el tiempo en que esperamos, desde María, que de a luz la creación entera, grávida de las semillas que Dios le ha plantado. Así llama Oseas al Señor: Jezreel, “Dios-siembra” (Os 2,24).

Y recordemos que la primera semilla que plantó, el día uno del Génesis, fue la semilla de la luz.

¡Pues que germine y brote, a través del nocturno Adviento, la quinta vela!

JOSÉ GRANADOS

Roma, 2 de octubre de 2019

En la fiesta de los Santos Ángeles Custodios